

CUMPLIR 62 AÑOS

Desde mi ciudad natal
hoy recibí una carta
donde me decían que
al cumplir 62 años
provocaría grandes inundaciones
en América y en el resto del mundo.
Que no me preocupara, me decían,
que no eres tú, son tus 62 años.

Es la encarnación pura del diluvio,
de una vieja leyenda y de tu canto,
ha de ocurrir, exactamente, a los 62 años
cuando el poeta se rompa en la tormenta.

En verdad no hice caso de la carta
aunque me di cuenta
que las inundaciones asolaban el mundo.
En la inteligente y sabia Europa
los ciudadanos se morían
tragados por el agua
como en un país pobre donde el agua
se espera todo el tiempo,
al borde de la muerte por su falta
y cuando viene el agua
borra todos los límites y ya,
sin que nadie pueda detener el agua
reina la muerte por doquier.

Ni Rusia poderosa
ni China comunista
con su millón de voluntarios
pudieron detener
el influjo maligno del agua
al cumplir 62 años.

También, debo decirlo,
sintieron el látigo del agua,
los implantadores de un vivir
que nadie habrá de soportar,
sin desorden, sin niebla,
sin esos altibajos del dolor y la risa,
sin el oscuro sexo de las altas pasiones
sin ese amor imposible y grandioso,
del poema que habremos de escribir,
tal vez, más adelante.
Esos estados unidos modernos del terror
esos hombres repletos del poder de las armas
irían a morir ahogados, propiamente, en sus llantos.
Y es a los 62 años que me dispongo,
con un talante generoso, a festejar
vivir en un mundo donde nadie sabe,
si debe o si regala, si ama o si desea
si obligado a vivir o interesado
si valiente o inquieto o cobarde sin fe.

Y si no quiero hablar del hombre
como se debería,
es porque el hombre lo fue todo
y nada le gustó.

Ni serpiente ni árbol,
ni ciego ni profeta,
ni furtivo alcahuete
ni hombre de la ley.
No quiso nunca
ser obrero o patrón
y nunca tuvo fábrica
y nada se cosechaba en él.
Y cuando a pesar suyo
de su vigilancia,
alguna uva crecía en el desierto,
sin pronunciar palabra, se la bebía.

Era imposible vivir en ese mundo,
todo el mundo moría
y el que no moría, esperaba morir.
Era imposible amar en ese mundo
o tener ilusiones y, sin embargo,
al cumplir los 62 años
quiero confesarme adicto
al cruel vivir.

Me pasa que, todo lo que hago
lo que amo, vocífero o trabajo
es sólo para seguir viviendo y
cual drogadicto aferrado a su pieza
estoy dispuesto a todo por vivir.

Y vendrán cataclismos y ciclones
inundaciones y guerras por doquier
y yo, sentado, escribiendo mis versos,
haciendo del cataclismo mi guarida,
del ciclón mi aliento y de la pólvora
mi inseparable compañera.

Vendrán, desesperados,
los muertos reclamando
el derecho a estar muertos.
Vendrán alas del tiempo
a volar en nosotros
el adiós de la vida
mas mi droga,
el deseo de vivir contra todo,
sentará en sus rodillas
a los muertos
y en la mesa a comer,
tranquilamente,
las alas del adiós.



A MIS HIJOS, DISCÍPULOS Y AFINES

22 de agosto de 2002

Hoy se cumplen 26 años de mi llegada a Madrid

No me hagáis correr vuestras carreras
ni me hagáis volar en vuestros vuelos
ni me hagáis hacer vuestros trabajos
ni, tampoco, amar vuestros amores.

Yo hijos míos, con pasión, os transporté
volando, siempre, a vuestro lado,
desde los confines quietos de la familia
hasta las puertas en libertad del mundo.

Ahora comienza vuestro viaje
y si os dejo partir sin acompañaros
es porque yo tengo mi propio viaje.
Debo poner al camino que construí
con mi propia vida y escribiendo,
mi nombre, mi apellido, mis marcas,
mis señas personales que son la poesía.

En el camino encontraréis el oro y la pobreza
los precipicios hondos y las grandes llanuras.
Habrá en vuestros caminos no lo dudéis
emboscadas, traiciones, viles injusticias,
por eso es conveniente viajar acompañado.

Y cuando consigáis algo de pan, algo de dinero,
intentad repartirlo lo mejor posible entre todos.
Alguien que comió
y tiene dinero para el pan de mañana
en algo se sentirá feliz y su trabajo
no será dirigido por el hambre o el odio
sino por el amor o por la libertad.

Y este es el verso donde intentaré
dejaros la enseñanza más necesaria:

En una sociedad justa, el trabajo es un don:

una alegría, un bien, humano propiamente,
con el cual se puede modificar lo natural
la vida, los enjambres de sueños, el sol.
Con el trabajo el hombre pudo volar sin alas
navegar por los mares sin conocer el mar.
Del árbol estupefacto de sorpresa ante el hombre
pudo el trabajo arrancar una silla y de la piedra
las señales que forjan el porvenir del hombre,
su casa, sus monumentos, su propia lápida.

Quiero que siempre llevéis a vuestro lado
la gubia, la garlopa, el martillo, la hoz,
esas frases que servirán hasta el final,
para limar, las asperezas de la muerte.

Y si alguien os preguntara, para qué tanto,
para qué tanta pasión puesta en el trabajo,
vosotros responderéis, con celeridad:
para nada, trabajamos para vivir la vida
trabajamos para que en el humano mundo
haya señas de que nosotros estuvimos,
creando y trabajando, tal vez, en este mundo,
que hicimos un trabajo para vivir, para amar,
para congelar la propia mirada de la muerte
hicimos un trabajo y escribimos un verso.

La enseñanza más grande que tengo para daros
es que el sexo no cae.
Se desarrolla, se trasmuta, se hace insensible,
llora, bosteza de aburrido, se libera de más.
Contrae enfermedades, se cura, se arrepiente,
es hombre y es mujer y nada sabe del amor.
Y quiere ser mujer cuando le toca hombre
y quiere ser un hombre cuando le toca niño
y madre quiere ser cuando es mujer
y si mujer le toca quiere ser niño,
serpiente o bruja quiere ser y puta
y cualquier cosa quiere ser
con tal de no saber nada de eso
pero el sexo no cae,
se entrega, se somete,
esclaviza todos sus sentidos,
para permanecer ahí,
oculto o estallando en pedazos,
descuartizado y solo,
erecto y firme, siempre impune,
totalmente abierto a las caricias,
al beso, a la ternura,
o bien casi cerrado, oscuro, blando,
débil a punto de fracasar en todo
y se encierra en sí mismo
y con una mano se masturba
y con la otra mano espera
y se masturba
y llega a parecer que el hombre
muere así, chiquito, empobrecido
sin nada que decir, sin alma.
Y, sin embargo, os digo:
El sexo no cae y si sirve de algo
yo mismo haré de ejemplo.
A veces, también, me lo creo:
Soy un gran hombre, me digo,
soy un gran hombre y, al otro día,
me levanto todo tullido y dolorido
como si un tren cargado
con mercancías peligrosas
me hubiera pasado por encima.

Muy pocas cosas hablan de mí
con cierta claridad.
Mis amores son muy apasionados,
no puedo encontrar en ellos,
aunque la hubiera,
ninguna inteligencia y
mi propia inteligencia está trabada,
por falta de pasión.

Con el dinero me pasa que nunca se quién es
si yo, porque lo gano o ella, porque lo gasta.
Y, después, están esas tardes gloriosas
donde no puedo reconocer como propia